

## A la hora del mundo, sobre el plano de inmanencia. Una lectura de *Sistema Nervioso* de Lina Meruane\*

Marcelo Navarro Morales  
<https://orcid.org/0000-0002-5981-7504>  
Universidad de la Frontera  
marcelo.navarro@ufrontera.cl

### RESUMEN

Este artículo analiza la novela *Sistema nervioso* (2018) de Lina Meruane desde la perspectiva de la noción de plano de inmanencia propuesta por Deleuze y Guattari (1997). En virtud de la coartada que les proporciona la trama narrativa, los narradores intra/extradiegéticos de esta novela se deslizan desde el plano de organización de las formas sustanciales, hasta el plano de consistencia de la materia inestable y no formada. El plano de inmanencia, que agrupa estos planos, les permite hacer ver y pensar las zonas de comunicación aberrante entre reinos, géneros y especies; atender a la coexistencia y simultaneidad de diversas temporalidades y escalas de tiempo y espacio; y les permite aproximarse a las complejas encrucijadas que enfrenta el mundo contemporáneo.

*Palabras clave:* plano de inmanencia, temporalidad, caosmos, corporalidad, *continuum* anorgánico

---

\* El autor agradece al proyecto DIUFRO INI 24-0012 financiado por la Dirección de Investigación de la Universidad de La Frontera.



## At world time, on the Plane of Immanence. A Reading of *Sistema Nervioso* by Lina Meruane

### ABSTRACT

This paper analyzes Lina Meruane's novel, *Sistema Nervioso* (2018), from the perspective of the notion of the plane of immanence proposed by Deleuze and Guattari (1997). By virtue of the alibi provided by the narrative plot, the intra/extradiegetic narrators of this novel slide from the plane of organization of substantial forms to the plane of consistency of unstable and unformed matter. The plane of immanence, which groups these planes, allows them to see and think about the aberrant zones of communication between kingdoms, genders and species; to attend to the coexistence and simultaneity of diverse temporalities and scales of time and space; and allows them to approach the complex crossroads that the contemporary world faces.

*Keywords:* plane of immanence, temporality, chaosmos, corporality, anorganic continuum

### 1. INTRODUCCIÓN

Con la publicación de *El sistema nervioso* (2018), precedida por las novelas *Fruta podrida* (2007) y *Sangre en el ojo* (2012), Lina Meruane ha completado una trilogía narrativa que condensa las obsesiones e inquietudes, relativas al cuerpo y la enfermedad, que animan su trayectoria creativa e intelectual. Esta novela, que es la más ambiciosa de las tres, es protagonizada por Ella, una astrofísica que se encuentra abocada a la tarea de escribir una tesis doctoral sobre un hipotético y lejano planeta habitable. Su trayectoria vital y esta tarea que se encuentra desarrollando y que no consigue concluir operan como un eje articulador del discurso narrativo, desde el cual se desprenden un conjunto de narraciones fragmentadas que, por un lado, reconstruyen las huellas biográficas de la enfermedad y los acontecimientos imprevisibles que remueven las potencias de ella misma y sus seres amados; y, por otro lado, dan cuenta del

ingreso de la humanidad en un escenario apocalíptico, definido por un conjunto de conflictos sociales, políticos y medioambientales, en los cuales se cifra el porvenir de la misma. Estructuralmente, la novela se compone por cinco capítulos narrados por una voz omnisciente que, confundándose con la voz de la protagonista, pone énfasis en las vicisitudes orgánicas que enfrentan tanto Ella como sus familiares.

Este artículo analiza la trama de esta novela desde la perspectiva de la noción de *plano de inmanencia*, formulada por Deleuze y Guattari (1997), con la cual estos autores consiguen superar la aporía del sujeto y el objeto, en cuanto fundamento o condición interna del acto de pensar. Matt Lee explica este concepto acudiendo a la metáfora del océano: el plano de inmanencia es “el gran océano del devenir” (2009: 58) desde el que se alzan, como olas, todas las corrientes del pensamiento, pero donde estas, indefectiblemente, vuelven a caer. Al respecto, este artículo sostiene que la adopción de este plano como perspectiva de enunciación permitiría a los narradores neutralizar la repartición convenida de las identidades de las cosas, en provecho de las continuidades y correspondencias entre fenómenos y acontecimientos corporales, sociales y cósmicos, de escalas y magnitudes de diferencias inconmensurables. Este trabajo sostiene la hipótesis de que este enfoque, que expone la equivalencia e interrelación de todo lo existente en el uno-todo, responde a la voluntad de atender al porvenir de la humanidad, enfrentada a una coyuntura inédita: de un lado, la amenaza de la autodestrucción y la extinción masiva de especies y, del otro, la promesa del bienestar y el desarrollo de la mano del progreso científico y tecnológico.

Para afrontar esta coyuntura, los narradores oscilan incesantemente entre las dos caras del plano de inmanencia: “de un lado, *el plano de consistencia* con sus continuums intensivos, sus emisiones de singularidades, sus procesos de individuaciones; del otro, *el plano de organización* que introduce un fundamento exterior a todo lo que pasa sobre él” (Lapoujade 2016: 196). Su especialidad disciplinar, la astrofísica, la influencia de sus progenitores dedicados a la medicina, y las relaciones con y entre sus familiares aquejados por

múltiples enfermedades y dolencias les confieren a los narradores una coartada que les permite atender a la inmanencia de estas dos caras del plano y, por extensión, hacer ver y pensar en las “comunicaciones aberrantes” (Lapoujade 2016: 214) entre reinos, géneros y especies; en la coexistencia y simultaneidad de temporalidades y escalas no humanas; y las complejas encrucijadas que enfrenta el mundo contemporáneo, como la crisis climática y migratoria mundial.

Si bien la trama de la novela acontece al nivel del *plano de organización*, donde las identidades de los personajes y las relaciones entre las cosas y los cuerpos se distribuyen según una matriz cultural edípica, patriarcal y capitalista; sus narradores intra/extradiegéticos tienden a deslizar la narración hasta un *plano de consistencia*, el cual “ignora las diferencias de nivel, los grados de tamaño y las distancias, ignora cualquier diferencia entre lo artificial y lo natural [...] [así como] la distinción entre los contenidos y las expresiones, como también entre las formas y las sustancias formadas” (Deleuze y Guattari 2002: 74). Tras los códigos sociales, las relaciones de parentesco y el sentido de pertenencia, centellea la materia intensiva del plano de consistencia, en cuyo nivel las formas comunes desaparecen, porque este remite al “cuerpo no formado, no organizado, no estratificado o desestratificado, y a todo lo que circulaba por ese cuerpo, partículas submoleculares y subatómicas, intensidades puras, singularidades libres prefísicas y previtales” (Deleuze y Guattari 2002: 51).

Finalmente, cabe agregar que este artículo adopta la metodología del análisis textual narratológico, el cual objetiva e identifica las correspondencias entre las diversas imágenes literarias y los nudos narrativos presentes en esta novela. Estructuralmente, este artículo se divide en tres partes. En la primera parte, describimos y analizamos las estrategias mediante las cuales los narradores trazan una “línea inmanentizante” (Fisher 2009: 74) que reúne o agrupa diversas escalas temporales y espaciales, así como fenómenos corporales, sociales y cósmicos, entre los cuales estos identifican correspondencias que no es posible describir como meras operaciones retóricas.

En la segunda sección, se analiza la tendencia de la narración a deslizarse desde las formas sustanciales del plano de organización hasta el sin fondo diferencial del ser al nivel del plano de consistencia, en el cual el pensamiento y la materia biológica entran en contacto. La tercera parte, que sigue la estela de la discusión desarrollada en la sección anterior, se concentra específicamente en el modo en que la narración da cuenta de la emergencia de un “continuum anorgánico” (Fisher 2009: 68), donde los límites entre vida y técnica se difuminan.

## 2. EL CAOSMOS DEL SER

Al principio de la novela, en el contexto de una de sus clases de astrofísica, Ella recurre a la imagen de un huevo rompiéndose para representar el universo como una dispersión caótica de elementos que, sin embargo, es posible agrupar en una totalidad unívoca: el universo “proviene de un estallido cósmico y que desde el big bang se sigue expandiendo, tendiendo al desorden y la desintegración. Si un huevo se rompe ya nunca más volverá recobrar su forma previa” (34). Esta representación del universo es una entre las incontables referencias al carácter inmanente del cosmos y el caos, *caosmos*, desde cuya perspectiva la construcción del conocimiento queda reducido a la búsqueda de regularidades o constantes, condenadas a disiparse en el vacío. En este sentido, a pesar de identificarse como científica, Ella no escribe como tal, es decir, intentando proveer referencias fijas en el caos, sino que desde el plano de inmanencia, el cual, según Deleuze y Guattari (1997), actúa como un tamiz que permite dar consistencia a un pensamiento capaz de atender a los movimientos infinitos del caosmos, que destruyen las regularidades y concatenaciones que fragua la conciencia humana.

En primer lugar, los narradores intra/extradiegéticos construyen un plano de inmanencia atendiendo a múltiples escalas temporales y espaciales que, más que responder al criterio de objetividad científica, se presentan como una expresión de la voluntad humana de construir un orden provisional en medio del caos. Ella habla de “el

orden esperanzado de la temporalidad” (35) y de “la ley del tiempo continuo” (75), denotando que nuestros mecanismos de medición del tiempo son una ilusión antropocéntrica, porque “el universo nunca ha conocido la armonía, no ha sido nunca un mecanismo perfecto, no sirve para medir el tiempo con precisión” (58). Así, “aunque todo iba ocurriendo en simultáneo” (59), en sus clases Ella traduce los hallazgos astrofísicos en una línea cronológica. A pesar de su relatividad, el tiempo se presenta en la novela como un punto de referencia ineludible. Por un lado, a nivel estructural, los capítulos se organizan de acuerdo con diversas temporalidades asociadas a la efectuación de un conjunto de acontecimientos corporales y las evocaciones que estos mismos suscitan. Por otro, al nivel de la diégesis, Ella describe su relación conyugal y los espacios geográficos por los que transita, recurriendo a referentes temporales: Él, su pareja, es “el hombre del futuro” (132), el país donde vive es *el país del presente* y su país natal, *el país del pasado*. Cabe agregar que, en función de los datos aportados por la narración y en continuidad con el talante autoficcional de la producción narrativa de Meruane, estas últimas referencias aluden a Estados Unidos y Chile, respectivamente.

Puesto que es imposible calcular el tiempo con precisión, los narradores proporcionan múltiples ejemplos que evidencian la coexistencia y simultaneidad de un conjunto de temporalidades y mecanismos de medición del tiempo, susceptibles de experimentar distorsiones: en la antigüedad se utilizaban los latidos del corazón para medir el tiempo, sin saber que una arritmia podía alterar este cálculo (266); y nuestra edad cronológica, medida siguiendo el calendario gregoriano, puede experimentar modificaciones imperceptibles, ya que “en la punta nevada de la cordillera el tiempo pasa más rápido que en el mar, y aún más en el interior de la tierra [porque] el tiempo se dilataba en el centro de gravedad” (143). Asimismo, ante la coyuntura de las guerras y las amenazas atómicas, fue necesario crear otro sistema de medición del tiempo de la civilización, pero que no midiera su antigüedad, sino su proximidad relativa respecto del fin, que es lo que en la narración señala *el reloj*

*del apocalipsis*: “El reloj del apocalipsis indicaba que durante sucesivos años de tensa coexistencia el mundo había estado a 3 minutos del colapso. En años recientes, ese tiempo había disminuido a 2 minutos y 30 segundos” (58).

Estos sistemas de medición del tiempo coexisten con la temporalidad biológica del ser humano, la cual, si bien posee una duración finita, es portadora de una cierta plasticidad, que sería posible contraer o dilatar en función de los hábitos que se sigan; como en el caso del Padre, quien, motivado por el nacimiento de sus mellizos, decide superar su adicción al tabaco para prolongar su vida. Además, franqueando la escala de tiempo humana e, incluso, la antigüedad de la civilización cristiana occidental, la narración alude, por un lado, al tiempo retenido en el carbono 14 que “se desintegra despacio dejando residuos que permiten leer el tiempo en los huesos” (441); y, por otro, al inconmensurable espacio-tiempo del universo, contenedor de nuestro sistema solar, el cual “se apagaría en cinco billones de años humanos” (189), y de potenciales planetas habitables, el más cercano de los cuales se ubica a “cuarenta años luz, 9,5 billones de kilómetros multiplicados por cuarenta” (272). Ella y Él personifican la inmanencia de estas escalas de tiempo-espacio, que constituyen sus respectivos objetos de estudio, cuyo común denominador es la violencia: mientras Ella estudia “la violencia de las galaxias que se canibalizaban dejando apenas ruinas” (100), en el marco de las escalas espaciales y temporales cósmicas; Él, en su trabajo como antropólogo forense, estudia las huellas de la violencia retenida en el carbono 14, cuya escala temporal resiste a la muerte de los cuerpos “que se hacían desaparecer por pedazos” (62) en la frontera del *país del presente*.

Junto con atender a todas estas temporalidades, la narración explicita la inmanencia de los tres sistemas de inmunidad que distingue Sloterdijk, los cuales “trabajan superpuestos, con un fuerte ensamblaje cooperativo y una complementariedad funcional” (2013: 23). El primero y más evidente, en cuanto que la narración apela constantemente a él, es el sistema de inmunidad biológico, de carácter automatizado, y que, según el Padre, media transversalmente todos

los procesos corporales, incluyendo la enfermedad y la gestación, “porque todo organismo intentaba expulsar a las células que le eran desconocidas” (156). También los narradores refieren al sistema de inmunidad del cuerpo social o a las “prácticas socio-inmunitarias, especialmente las jurídicas o las solidarias, pero también las militares, con las cuales las sociedades desarrollan sus confrontaciones con agresores” (Sloterdijk 2013: 23). Estas prácticas socio-inmunitarias son las causantes de la grave crisis migratoria que tiene lugar en el *país del presente*, en cuya frontera se amontonan los cadáveres de migrantes anónimos que, intentando atravesar el desierto, terminan esparcidos en las fosas que Él excava. Ella, como los cuerpos que Él desentierra en el desierto, pertenece al colectivo social de migrantes que se encuentran en la línea de fuego de este conjunto de prácticas socio-inmunitarias y que están produciendo un reguero de cadáveres en la frontera.

La narración imbrica estos dos sistemas de inmunidad en el episodio donde Ella, aquejada por un conjunto de malestares físicos de origen indefinido, participa en una “manifestación de los migrantes sin papeles” (56) en *el país del presente*. Debido a los extraños dolores que padece, Ella participa en esta protesta desde la ventana de su departamento, gritando consignas relativas a la violencia intrínseca de estas prácticas socio-inmunitarias: “El sueño de la pureza no es más que pesadilla, vocífera ya ronca de tanto fumar. La inmunidad será nuestra muerte. [...] Ella grita más fuerte, [...] estamos todos contagiados. El contagio es la salud, los migrantes somos vida, la inmunidad es la muerte” (57). Estas consignas son enunciadas en un momento de incertidumbre asociada con la naturaleza de la enfermedad que la aqueja, y que, presumiblemente, se encuentra relacionada con un mal funcionamiento de su sistema inmunitario. En este sentido, la narración atiende a la coexistencia inmanente del sistema inmunitario de la narradora, que podría estar atacando a su propio cuerpo (42); con el conjunto de prácticas socio-inmunitarias que despliegan en la frontera una violencia a escala genocida, y que tiene su origen en la inclusión exclusiva que

realiza la biopolítica bajo la forma de la excepción soberana que produce lo que Agamben (2016) llama *nuda vida*.

Finalmente, la novela da cuenta de un tercer sistema de inmunidad correspondiente a las “prácticas simbólicas psico-inmunológicas” (Sloterdijk 2013: 24), con ayuda de las cuales los individuos consiguen “sobrellevar más o menos bien su vulnerabilidad ante el destino, incluida la mortalidad, a base de antelaciones imaginarias y del uso de una serie de armas mentales” (24). Si bien la narración da cuenta del movimiento perpetuo de desfundamentación de la vida, penetrada por la enfermedad y la muerte, Ella manifiesta la voluntad de aproximarse al sufrimiento de los cuerpos y construir sentido en torno a los acontecimientos que remueven incansablemente sus potencias. Esta voluntad se expresa en la estrategia, muy extendida a lo largo de la narración, de desdoblarse representaciones subjetivas y acontecimientos corporales en un conjunto de fenómenos cósmicos y el comportamiento de ciertas partículas elementales, y viceversa. Sin embargo, esta operación, que la hace oscilar entre lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, no obedece a una necesidad retórica. Más bien responde a la identificación de continuidades, correspondencias o puntos de contacto entre fenómenos físicos que, en apariencia, carecen de implicación lógica, pero cuyo señalamiento contribuye a ordenar y procesar el caos, pero también a advertir sobre las consecuencias potenciales de las acciones humanas.

Al respecto, es de destacar el episodio donde Ella consigue calmarse a sí misma y a su amiga angustiada por el paradero de sus padres arrestados en dictadura, atribuyendo a las constelaciones del cielo nocturno los nombres propios de sus respectivos familiares (37). Ambas amigas consiguen calmar sus pensamientos, proyectando sobre las estrellas la imagen de sus familiares ausentes, como si en esta operación mental consiguieran conjurar la amenaza de la muerte o convocar una presencia eterna de sus seres queridos, permitiéndoles superar la angustia por la fragilidad intrínseca de sus cuerpos (37). Identificamos esta misma operación en los referentes a los que acude Ella para abordar los malestares nerviosos

y estomacales que comienza a padecer Él, tras la explosión de la fosa que se encontraba excavando. Cuando el médico observa el interior de sus oídos, Ella describe su tímpano dañado como un planeta impactado por un asteroide (83); y, cuando lo someten a una endoscopia, destaca la contigüidad entre este examen médico y la espectroscopia que permite a los astrofísicos conocer los materiales que componen los asteroides (101). Lo mismo ocurre cuando describe su crisis conyugal recurriendo al comportamiento de los electrones y positrones: “Él es su antipartícula, piensa, su positrón, la pareja del electrón que ha sido Ella. Un positrón que segundo a segundo se iba haciendo más distante” (56).

Reconocemos también esta estrategia en el modo en que describe la relación con su hermano, el Primogénito. Ella imagina sus trayectorias vitales, escindidas tras la muerte de su madre biológica, como “universos paralelos desplazándose hacia el futuro” (184). Esta ilustra el proceso autodestructivo que desarrolla el Primogénito, recurriendo a la imagen de un objeto astronómico arrojado en el vacío del espacio exterior, que efectúa una “huida supersónica” (197). El título del capítulo donde aborda esta cuestión, *polvo de estrellas*, devela con claridad este enfoque centrado en la inmanencia, ya que señala el sustrato mineral común entre los huesos del Primogénito, pulverizados en múltiples accidentes, y uno de los materiales de los que están hechas las estrellas, “regando de calcio el universo” (123). En un enfoque equivalente, la narración destaca la inmanencia entre los dolores óseos del Primogénito, quien, producto de sus múltiples fracturas, es capaz de percibir las variaciones de la presión atmosférica (201), y el registro de las sequías o las tormentas solares en los anillos concéntricos de los árboles (202).

Asimismo, Ella desdobla sus padecimientos físicos y la relación con su Padre en el fenómeno cósmico de los agujeros negros. La narradora escoge la imagen de un cuerpo siendo devorado por la extrema atracción gravitatoria de un agujero negro para ilustrar la relación que sostiene con su cuerpo en el marco de las extensas jornadas de trabajo dedicadas a la redacción de su tesis doctoral. Plegada sobre sí misma, se asoma al agujero negro de su subjetividad,

al centro del cual redescubre al Padre del que ha huido, o bien, el extraordinario peso del sentido de responsabilidad que su figura le infunde: hablando en una clase acerca de la muerte de los soles, Ella piensa en que “en el fondo de su agujero [negro] vive su padre” (76). La investigación que se encuentra desarrollando corresponde a una exigencia autoimpuesta, cuyo peso deriva de la deuda que ha contraído con su Padre, quien, cumpliendo la promesa que hizo a su esposa muerta, invirtió los ahorros de su vida para que Ella pueda estudiar lo que quiera. La premura con que retorna al país del pasado para cuidar a su Padre enfermo, y que constituye un gesto de fidelidad que queda simbolizado en el apodo que Él le atribuye, *Electra*, evidencia la dimensión subjetivante de la deuda. En otras palabras, la narración desdobra en el fenómeno cósmico de los agujeros negros, la mortificación que conllevan los tortuosos procesos subjetivantes que desarrolla, y que involucran las disyunciones exclusivas conciencia/cuerpo, padre/hija y acreedor/deudor.

Con el mismo fin inmunológico, Ella tiende a confrontar las vicisitudes personales que experimentan los personajes con el inconmensurable espacio-tiempo del universo, en relación con el cual todo padecimiento o anhelo humano resulta insignificante. Así, frente al dolor que experimenta la Amiga por la desaparición de sus padres, Ella piensa en plantearle que, tal como las luces de las estrellas extinguidas que llegan a la Tierra desde el espacio profundo, en el futuro ellas serán apenas un espejismo (203). Identificamos esta misma perspectiva en el modo en que la narración hace coincidir el motivo del hijo pródigo con la crisis ecológica del planeta. Frente a la solicitud que le hace su padre de regresar al país del país del pasado, Ella piensa que su petición carece de relevancia, porque la Tierra, la casa general que provee de cobijo a todos los seres vivos, está siendo destruida por el ser humano:

¿No será tiempo de regresar a tu casa? Ella quiso decirle que no eran cinco sino billones de años los que quedaban y que mucho antes de eso todos estarían muertos, pero pensó también que quizás se acercara el fin del mundo porque ya casi no quedaban abejas ni animales salvajes ni gente con la cabeza bien puesta sobre los hombros, gente

que se opusiera a la amenaza atómicas de *déspotas crueles inmortales* a los que había que seguir prestando atención. No era un país u otro país. Era la tierra rodando hacia su total disolución (240).

En esta última cita, el narrador pone de relieve la inmanencia en que coexiste el porvenir de los seres humanos con los demás seres vivos que pueblan la Tierra. La narración destaca la radical desestabilización que ha generado la humanidad sobre los ecosistemas de la Tierra: “La vida sobre la tierra estaba compuesta por un 82% de plantas, un 13% de bacterias y metidos en un 5% estaban todos los demás. De este demás solo un 0,01% era humano, y sin embargo ese 0,01% estaba acabando con las otras especies. Estaba acabando incluso consigo misma” (96-97). Estas cifras evidencian una distorsión o relatividad de las magnitudes, en el sentido de que el destino de una inmensa proporción de los seres vivos que habitan la Tierra depende de las decisiones de una ínfima porción de estos. Simultáneamente, la narración allana la diferencia entre humanos y animales, enfatizando la fragilidad de la humanidad, dependiente de la actividad de criaturas pequeñas y delicadas, como las abejas, “una especie en extinción que provocaría la desaparición de la humanidad” (252); en las cuales, cabe agregar, descubre las mismas prácticas inmunitarias humanas, ya que estas “se cuidaban y alimentaban entre ellas, se defendían picando a los enemigos [...] [pero también] podían ser crueles: una abeja enferma era expulsada del panal por las abejas sanas, para proteger a la reina y a las demás obreras” (253).

Ella avizora en la actual conformación del mundo, dada la inmanencia del presente y el futuro, la precipitación de la humanidad en un futuro donde esta se encuentra condenada a su extinción. La precipitación en una u otra de estas “futurabilidades inmanentes” (Berardi 2019:13) depende de la politización de la forma de vida actual. Esto explica el motivo por el que la novela confronta *el país del presente*, cuyos jóvenes se han entregado sin resistencia a la actual conformación del mundo; y *el país del pasado*, donde, gracias a los jóvenes, se está gestando un nuevo mundo posible.

Ya los estudiantes de su pretérito país no jugaban con bolitas. Salían a protestar vueltos multitudes con pancartas, con equipos de música al hombro, con sus hermanos chicos, huérfanos de autoridad, bailando, alegando, rompiendo filas, recibiendo *lumas gases chorros sulfúricos de guanaco* [...]. De espaldas caían a veces, se reventaban las vértebras o las cabezas mientras los alumnos de su presente dormitaban en sus sillas, lejos de todo. Se preguntaba si alguna vez despertarían de esa modorra. (224)

En continuidad con la tesis expuesta por Laclau y Mouffe en *Hegemony and Socialist Strategy* (1985), relativa a la centralidad del llamado Tercer Mundo en la lucha popular y el devenir de la historia, la narradora identifica en el país del pasado una reserva de la esperanza necesaria para transformar el mundo.

### 3. EN EL FONDO DE LOS CUERPOS Y EL SIN FONDO DE SUS MEZCLAS

Como hemos podido comprobar, la narración presenta a los personajes utilizando solo pronombres personales (Él y Ella), o bien, la nomenclatura que designa las relaciones de parentesco con la protagonista (Madre, Padre, Primogénito). Esta decisión estilística, que atenúa la singularidad y diferencia de los personajes, se corresponde con la tendencia de la narración a deslizarse hasta el plano de consistencia, esto es, el verdadero fundamento sobre el que se asienta la vida y el pensamiento, y que se presenta “como un corte de la Naturaleza, como una visión que permite captar todo lo imperceptible en ella, todo lo que de lo contrario es recubierto por las cualidades y las formas visibles sobre el otro plano [de organización]” (Lapoujade 2016: 195). A través del plano de consistencia, la subjetividad se devela como “individuación de individuaciones” (Lazzarato 2016: 70), es decir, como el efecto de un proceso de individuación inestable e incesante, sustentado en un conjunto de relaciones diferenciales entre agentes moleculares, inorgánicos e inhumanos.

La novela hace del mundo un devenir, extrayendo de las formas comunes del cónyuge, el padre, la madre, el hermano, las variaciones intensivas del plano de consistencia, que develan el movimiento

universal que efectúa todo lo que vive hacia la disolución de sus formas sustanciales, y que podemos denominar “devenir imperceptible” (Deleuze y Guattari 2002: 281). Ella se presenta como el personaje más consciente de este devenir universal que deshace las formas sustanciales, llegando a afirmar, con relación a sí misma, que no es ni hija, ni hermana, ni cónyuge, sino únicamente aquello que se sustrae a la representación lingüística, a saber, este sin fondo diferencial del ser: “Ella no es nadie. Nadie. Eso Ella ya lo sabe. Ella no es más que la cháchara electroquímica de millones de células tan nerviosas como las de cualquiera” (74). En este sentido, es preciso interpretar la sentencia, “un diagnóstico no es más que una etiqueta sobre un cuerpo” (40), no solo como una referencia a las limitaciones de la medicina, sino también a la imposibilidad del lenguaje de designar y representar la multiplicidad de extrañas alianzas que se labran al nivel del plano de consistencia.

Esta sentencia también es válida para las clasificaciones por reinos, géneros y razas. Al nivel del plano de consistencia se descubren los genes como punto de contacto aberrante entre lo humano y lo animal. Por ejemplo, la narración destaca que las ratas son empleadas en los laboratorios “porque eran humanas en un 90% de sus genes” (168). Asimismo, la narradora refiere a una negritud molecular, común a todos los seres humanos, y que es independiente al color visible de la piel o a la identificación racial. En el contexto de la búsqueda de una explicación a sus padecimientos neurológicos, Ella comienza una discusión con la Madre por mensajería instantánea, debido a que esta última rechaza la posibilidad de que haya heredado genes de raza negra:

Pero tú no eres negra. Es la Madre quien concluye esa línea llenando su pantalla de escandalosas exclamaciones y signos de interrogación. Pero si todos somos negros, mamá, tú, yo, tus hijos mellizos, mi hermano y mi papá, y los demás habitantes de este planeta pelado y derretido y perforado por la radiación. [...] Cada vez que alguien escarba entre sus genes acaba encontrando que su raíz es negra (41).

De igual modo, la narradora da cuenta de la influencia que ejercen ciertos órganos y agentes químicos sobre los estados mentales y la percepción sensorial, llegando a hablar de la “materia de los pensamientos” (67). Es el caso del episodio donde los corticoides le infunden la certeza de que tiene suficiente tiempo para terminar la redacción de su tesis doctoral: “¡No me falta nada! Se aceleran sus pulsaciones y comprende que es químico ese optimismo” (50). En esta línea, la narración destaca la correspondencia entre el estado mental de Él, quien tras el accidente en la fosa pierde “el eco de su alegría anterior” (92), y los malestares estomacales que comienza a padecer, y que se deben a que “la panza tenía su propio cerebro [...] [y] en las tripas tenía tantos neuroreceptores y neurotransmisores como el cerebro en la cabeza” (107). Al respecto, es preciso destacar el episodio donde Él, producto de estos malestares estomacales, debe someterse a una colonoscopia.

En contraste con la violencia patriarcal que ejerce Él sobre Ella, este examen adquiere el sentido de una problematización de la forma de la subjetividad soberana del hombre heterosexual, concebido como un cuerpo cerrado y privatizado, cuyo ano es excluido de la economía libidinal, extirpándole toda capacidad que no fuera la excremental (Preciado 2008). La operación es doble: por un lado, su ano es abierto y retratado en un primer plano, expuesto al escrutinio de Ella, quien, a través del lente médico, parece ser capaz de penetrar con sus ojos el interior de su cuerpo: “Ella lo había mandado a hacerse ver y era Ella quien lo estaba viendo ahora en sucesivas fotocopias a color” (123); y, por otro, se le atribuyen a este órgano funciones alternativas a la expulsión de las heces, como son la de servir de cámara de resonancia de la voz y de soporte de expresión del sistema nervioso: su ano es “el lugar donde se colaba el aire que respiraba y surgía vibrando cada palabra, por donde se formaban sus gritos. Y la distrajo el médico mostrándoles *glándulas hemorroides clavos de olor* que eran el asiento de los sistemas nerviosos simpático, somático y parasimpático” (123).

A propósito del dolor, la novela expone la relatividad de las experiencias sensoriales, las cuales, al nivel del plano de consistencia,

dejan de ser objetivables por el sujeto de conocimiento y pasan a transformarse en un problema de escalas de intensidad. Con motivo de la reticencia que manifiesta Él a someterse a procedimientos médicos dolorosos, Ella recupera la siguiente sentencia emitida por su Padre: “La gente con estudios no hacía más que quejarse y que en la pobreza, en cambio, se aguantaba más, mucho más, o tal vez se sentía menos” (106). Tal como es imposible medir el tiempo con precisión, el dolor es una sensación imposible de objetivar y que implica una diferencia de intensidad, es decir, una multiplicidad, que puebla el cuerpo deshaciendo la integridad o univocidad del yo. Precisamente, la narradora describe la enfermedad como un factor de semejanza de la subjetividad, que introduce un extrañamiento en la relación del individuo con su cuerpo, lo cual queda en evidencia en los términos que emplea para describir sus dolencias: Ella siente una “hoguera sobre su hombro” (21) que le hace percibir “el dolor como otra piel” (22) y a su brazo como “un brazo rebelde” (25).

Sin embargo, como plantea el Padre, “el dolor era la conciencia de estar vivo” (106), de modo que padecer una inhibición del dolor conlleva una disminución de la esperanza de vida: “Alguna gente padecía trastornos del sistema nervioso que inhibían la experiencia del dolor. Como si fueran ciegos o sordos del tacto, esa gente se cortaba y se quemaba y solo se detenía cuando veía el daño o lo olía. Esa gente moría joven, sentenció su Padre. Para algo existía el dolor después de todo” (205). En el extremo opuesto a Él, que presenta una alta sensibilidad al dolor, el Primogénito padece los efectos adversos de esta *ceguera del tacto*. La narración sugiere que las intensas actividades deportivas que desarrolla el Primogénito y, en particular, las ondas doloríficas que estas suscitan en él, le permiten entrar en una zona de contigüidad molecular con su madre muerta: “Correr queriendo alcanzar a la madre que lo había dejado atrás. Sufrir de músculos endurecidos por el ácido láctico. Comprender que esa sustancia dolorosa, el lactato, también se encontraba en la leche materna” (198). Poblado de estas ondas doloríficas, que le permiten entrar en comunicación directa con la materia intensiva

del plano de consistencia, el Primogénito, como dirían Deleuze y Guattari (2002), se hace un *cuerpo sin órganos*. Desalojando los afectos tristes derivados de la pérdida de su madre biológica, a través del dolor, este entra en una contigüidad molecular con esta, pero en una operación que obedece menos a la fidelidad de un vínculo genealógico que a una experimentación que sondea el límite inmanente en el que la vida entra en contacto con la muerte.

El plano de consistencia también le permite desprender la esencia molecular de la vida de la escala de tiempo humana. Ella y Él se presentan como expertos en la técnica de datación por radiocarbono, en cuyos fundamentos encontramos un ejemplo de las variaciones intensivas que se dan al nivel plano de consistencia, en el sentido de que esta se basa en la diferencia en la velocidad de descomposición de los átomos que integran la materia constitutiva de los cuerpos: mientras los átomos que componen los órganos de un cuerpo se descomponen rápidamente, el isótopo de carbono 14, que forma parte de los huesos, se desintegra con lentitud. La compulsión por coleccionar ciertos residuos de sus familiares, como las uñas de su padre y el pelo de su madre, responde al mismo principio, ya que la queratina presente en los mismos, tal como el carbono 14, es capaz de resistir a la muerte de sus respectivas existencias orgánicas. Esta compulsión por salvaguardar el material genético de sus padres es puesta en paralelo a la situación de los familiares de detenidos desaparecidos en la dictadura chilena, quienes sienten consuelo al descubrir sus restos exhumados, por minúsculos que sean. Esta misma tendencia a desprender la esencia molecular de la vida de la escala de tiempo humana la encontramos en el episodio donde Ella percibe, en el polvo de la habitación donde el Padre se encuentra hospitalizado, la presencia de los enfermos que la ocuparon antes que ellos (246).

En esta línea, la novela toma el parto como un agenciamiento o componenda, cuya consecución depende de las relaciones de velocidad y lentitud entre una multiplicidad de agentes químicos y fisiológicos que interactúan dinámicamente. El Padre explica la muerte de su madre biológica como resultado de la aceleración

de su parto mediante la suministración de hormonas. Estas últimas quebraron la resistencia de la componenda que hacían sus cuerpos, capaz de soportar hasta un cierto umbral de relaciones de velocidad y lentitud: “A tu mamá le aceleraron el parto, murmura, pero se pasaron con las hormonas. Le habían producido una muerte química con su consentimiento. Los Mellizos no fueron inducidos, agregó el Padre en un afligido murmullo, ni tampoco tu hermano, todos ellos fueron alumbrados con lentitud” (258). Asimismo, al nivel del plano de consistencia, la reproducción celular constituye el denominador común de procesos biológicos, en apariencia, antagónicos, como son la procreación y la enfermedad: “El mandato de la multiplicación en las células daba tanto cáncer como hijos” (156). En el cuerpo se incuba lo propio y lo ajeno, y no habría mejor ejemplo de esto que el cáncer y la reproducción. Mientras el cáncer se mimetiza con la sangre y los tejidos sanos: “El cáncer se urde en los tejidos de manera silenciosa. Por dentro. Por debajo. Alrededor. Que las células malignas orbitan indiscernibles a bordo de la sangre y a veces son la sangre misma” (125); la reproducción no se distingue en nada a un fenómeno de parasitismo: “Esa placenta como tóxica medusa. Ese cordón tirante rompiendo a la madre por dentro mientras su cabeza puja alcanzando la luz de una lámpara blanca que la ciega [...]. Ser el cuerpo extraño que desgarrar y desaloja otro cuerpo que ya no deja de sangrar” (38).

#### 4. EN EL *CONTINUUM* ANORGÁNICO, O LAS *BODAS CONTRANATURA* ENTRE VIDA Y TECNOLOGÍA

Los nudos narrativos que componen esta novela se fundamentan en la concepción moderna de la vida y la muerte propuesta por Xavier Bichat, para quien estas nociones no son excluyentes, ya que “el viviente es inseparable de las muertes parciales que lo atraviesan” (Deleuze 2017: 254), o bien, la vida puede definirse como “el conjunto de las funciones que resisten a la muerte” (Deleuze 2017: 63). La muerte en esta novela deja de ser un instante indivisible y personal para extenderse, *aiónicamente*, en una multiplicidad

de muertes parciales. Precisamente, este es el modo en que Ella describe la experiencia y las repercusiones de la explosión de la fosa en el cuerpo de Él: “El impacto de la explosión se había repartido por todo su cuerpo en pequeñas heridas que lo estaban destrozando por dentro” (97). Tal como si la explosión rompiera su integridad como individuo, a Ella le parece que Él se fragmenta en “cinco cuerpos, ocho edades, seis ojos tumefactos, quince pares de labios rotos” (87). Desde la perspectiva de esta concepción de la muerte, la práctica médica, cuyas intervenciones siempre comportan un perjuicio, ya que “la medicina que puede salvarte también te puede matar” (143), se transforma en un problema de gestión de riesgos.

A propósito de la potencia del antibiótico que sus médicos le suministran, el Padre da cuenta de una muerte que ya ha empezado en él y que se extiende y disemina en una multiplicidad de muertes parciales: “Me están pasando una dosis [de antibióticos] demasiado alta, dice el Padre [...], están usando ametralladoras para matar mosquitos. Así aniquilan a todos los mosquitos juntos, responde Ella. Sí, asiente el Padre, [...] así me están matando a mí” (271); y, sin embargo, “era tan difícil morir” (175), afirma Ella en relación a una de sus tías que, conectada a una máquina que respiraba por ella, parecía capaz de “verlos morir a todos” (175). Si bien aquella tía ya había muerto cerebral y pulmonarmente, su corazón todavía estaba vivo gracias a las máquinas que le suministraban una “vida artificial” (175). Si esta tía moribunda puede considerarse viva, nada impide a la narradora atribuir a las estrellas una vitalidad que, si bien no es la de los seres biológicos, se le asemeja en cierto sentido: “Que se dedicara a lo vivo, murmuró el Padre. Pero vivos eran esos astros que a veces se movían de maneras imprevistas, tironeados por la gravedad de alguna galaxia cercana. Aun muertos, esos astros continuaban emitiendo su brillo pretérito” (71).

Esta novela, a nivel argumental y estilístico, se encuentra atravesada por un fenómeno de plegamiento de la vitalidad orgánica de los seres humanos en la materialidad inorgánica de un conjunto de dispositivos tecnológicos, cuya amalgama compone un “continuum anorgánico” (Fisher 2009: 68). Entre todos los personajes,

quien encarna a la perfección esta amalgama es el Primogénito, dado que optimiza los procesos fisiológicos de su cuerpo a través de un conjunto de dispositivos tecnológicos (191). Sin embargo, Ella identifica una ambivalencia en este fenómeno, en el sentido de que esta tecnología le permite ejercer un detallado monitoreo de su rendimiento físico, dotándolo de un flujo constante de datos acerca del funcionamiento de su organismo; y, simultáneamente, le permite sustraerse del mundo y de sí mismo, o bien, liberar a la persona, aquel “núcleo de la voluntad racional” (Esposito 2009: 129), del sustrato biológico que lo constituye, promoviendo la emergencia de aquella forma de identidad que Agamben (2011) llama “identidad sin persona” (75), y que cabe designar con el concepto de *dividuo*, esto es, una identidad digital constituida por un conjunto de datos estadísticos.

Según Lazzarato (2020), este concepto, *dividuo*, remite a la desterritorialización del individuo por parte de los enormes mecanismos de la sociedad de control, que van desde los sistemas de comunicación hasta las instituciones de la seguridad social, cuyo funcionamiento se fragua en este *continuum* anorgánico. Al respecto, es significativo el episodio en el que Él y Ella visitan un departamento a la venta donde habría muerto un anciano, tras rehusarse a recibir asistencia médica. Este episodio, donde una corredora de propiedades les ofrece esta vivienda a bajo costo, ilustra el modo en que los capitales financieros extraen réditos de la vulnerabilidad intrínseca de los seres humanos y sus procesos biológicos naturales, reduciendo las subjetividades a meros flujos descodificados de datos financieros. Este episodio apela a un fenómeno de naturaleza equivalente al perfil digital que se fabrica el Primogénito, en el sentido de que, en ambos casos, la materia biológica del individuo se convierte en un flujo descodificado de datos biológicos y financieros, respectivamente.

Por otro lado, Ella se presenta en la novela como una especialista en el lenguaje de las máquinas o “semióticas asignificantes” (Lazzarato 2020: 38), las cuales escapan a las significaciones sociales y prescinden de la conciencia y las representaciones subjetivas.

Ella hace confluír en su relato las semióticas significantes y asig-nificantes, y asigna sentidos alternativos a estas últimas, que le permiten designar ciertos acontecimientos para los cuales no habría una nomenclatura en el lenguaje humano. Es el caso del Protocolo de Transferencia de Hipertextos (HTTP). Así, por ejemplo, Ella recurre al *error 400*, que designa la incapacidad de procesar una soli-citud, para referirse a la trayectoria vital de su hermano marcada por graves accidentes (186); al *error 401*, usado para designar los fallos en la autenticación de acceso a un servidor, para referirse a los procesos erróneos de multiplicación celular en los cuerpos (156); y al *error 404*, usado para designar un recurso no encontrado, para referirse a la ausencia de memoria (239) y a la posibilidad de que su sistema inmune estuviera matándola (53).

Este recurso retórico se presenta como la contraparte de un proceso inverso: la asimilación y aprendizaje del lenguaje humano por parte de las máquinas de tercera generación. Ahora bien, lejos de avizorar la consecución definitiva de este proyecto tecnológico, la narración se enfoca en los errores de este proceso, develando la falibilidad y la limitación de esta tecnología (191); al mismo tiempo que reivindica los beneficios de la lentitud humana y la importancia de las facultades cognitivas de la intuición y la especulación, que las máquinas todavía no pueden desarrollar (44). Sin embargo, volviendo al punto anterior, la narración insiste en dar cuenta de la imposibilidad de trazar un límite que distinga con precisión lo natural de lo artificial. El mejor ejemplo de esto lo encontramos en la relación entre la Madre y Ella.

Ella tiene dos madres: la madre biológica, que murió en el contexto de su parto y que se hunde en el olvido, puesto que su rostro fue elidido del archivo familiar; y la madre sustituta, con quien se mimetiza, hasta el punto de llegar a compartir los mismos hitos biológicos que han marcado sus cuerpos, aunque, en efecto, no compartan los mismos genes:

[Ella] hubiera querido *padecer compartir heredar arruinar* los males de su madre [pero] la madre biológica la había privado incluso de sus genes. Tampoco se parecía al Padre, como le decían algunos

pretendiendo consolarla. Cada vez que Ella describía una dolencia la Madre voluntariosa exclamaba como yo a tu edad. Todos sus dolores eran los de la otra Madre. Esas infecciones, la Madre las había tenido. Las extremidades que se le iban a dormir a Ella en el futuro se le habían dormido a la Madre en el pasado. (216).

La crianza, en cuanto proceso de repetición de los padres en los hijos, es tan exitosa que le infunde a Ella el convencimiento de que su madre biológica la ha despojado de sus genes y que, por el contrario, comparte con su madrastra un sustrato biológico común.

Ya en las primeras páginas de la novela, Ella da cuenta de un plegamiento generalizado de lo orgánico en lo inorgánico cuando describe *el país del presente* como un lugar “donde la luz [la electricidad] no se iba nunca” (13) y donde “esos, sus cuerpos, [eran] poseídos por la luz” (14). La narración relaciona la energía eléctrica con la patología neuronal que Ella comienza a padecer, producto de las extensas jornadas que dedica a avanzar en su investigación. De hecho, la novela comienza concatenando el cortocircuito que genera el apagón de una ciudad siempre iluminada y productiva con “una chispa recorriendo sus nervios” (15). En medio de esta ardua y monótona actividad, Ella desarrolla un proceso inflamatorio, que decanta en un conjunto de dolorosas descargas eléctricas que sacuden sus músculos. La novela explica esta sintomatología como el efecto de la memoria biológica de un daño que su sistema nervioso revive constantemente: “Su sistema nervioso guardaba la memoria *fallida torcida inútil* de un daño y lo continuaba reviviendo” (78).

Es posible explicar este daño a partir de los conceptos médicos de *espasmo*, descrito por Berardi (2017), y del *principio de autoamputación o entumecimiento*, descrito por McLuhan (1996), los cuales tienen en común describir afecciones psicósomáticas que derivan de la introducción de la explotación capitalista en la cognición y la sensibilidad, convertidas en medios de producción. Mientras un espasmo es, según Berardi (2017), la contracción repentina, involuntaria y dolorosa de un músculo que tiene su causa en el proceso de subjetivación social contemporáneo, dado por una explotación

acelerada de las facultades cognitivas y el sistema neuronal de los individuos; el principio de autoamputación o entumecimiento del que habla McLuhan (1996) remite a un sistema de defensa del propio sistema nervioso, que, para aplacar los efectos perniciosos de estímulos demasiados intensos, amputa o aísla un sentido o función neuronal. Desde la perspectiva de estos conceptos, ella representa su sistema nervioso como una cámara de resonancia de un proceso de subjetivación mortificante, que responde a la aceleración generalizada y forzosa del ritmo de vida de la población, en cuyo funcionamiento se ha introducido lo inorgánico, designado sinecdóquicamente a través de las referencias a la energía eléctrica.

Si bien reconocemos en esta forma de explotación una actualización de la estructura ontológica de la subjetividad, que jerarquiza las relaciones entre la conciencia y el cuerpo, la novela toma este motivo problematizándolo. Lejos de afianzar esta dualidad jerárquica, la narración, como plantea Kottow (2019), da cuenta de los fallos, errores o cortocircuitos que desacoplan tanto los sistemas técnicos, como los organismos biológicos, o bien, para ser más precisos, al sujeto de la experiencia. Ahora bien, esta tendencia no solo se expresa al nivel de la diégesis, sino que también a nivel estilístico, ya que la novela hace tender el lenguaje hacia el sinsentido y lo agramatical a través de un recurso que la atraviesa íntegramente, signado por el marcador gráfico de las cursivas aplicadas a conjuntos de palabras que interrumpen la continuidad del discurso narrativo. A diferencia de Kottow, quien sostiene que estas palabras en cursiva señalan un “inconsciente corporal” (2019: 13), me inclino a pensar que estas señalan el punto en el que el pensamiento y el lenguaje entran en contacto con la materia corporal, sujeta a estos espasmos dolorosos. De este modo, infiltrando las fallas orgánicas que desacoplan la subjetividad en el lenguaje literario, los narradores encuentran la ocasión de torcer la sintaxis e infiltrar la enfermedad en la lengua; o bien, a través de este recurso retórico, la narración pone de relieve la inmanencia entre la escritura, el cuerpo y la enfermedad.

## 5. CONCLUSIONES. A LA HORA DEL MUNDO, PENSAR EL PORVENIR

Los narradores de *Sistema nervioso* adoptan el plano de inmanencia como perspectiva de enunciación, el cual les permite atender a las comunicaciones aberrantes entre lo natural y lo artificial, entre lo humano y lo animal; y, a nivel epistemológico, confundir los límites entre el yo y el otro, el sujeto y el objeto, descubriendo el punto de contacto entre el lenguaje, el pensamiento y el cuerpo. Reconociendo una continuidad entre lo microscópico y lo macroscópico, o bien, operando como punto de intersección entre dos órdenes de infinitud, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, Ella, por un lado, desdobra los padecimientos físicos de los personajes, relacionados con tortuosos procesos subjetivantes, en fenómenos que describen la física molecular y la astrofísica; y, por otro lado, confronta las vicisitudes que estos mismos experimentan con el espacio-tiempo caósmico, frente al cual los individuos quedan reducidos a meros destellos de luz que se encienden y apagan en el vacío insondable del universo.

Al descentrar la escala de tiempo humana en provecho de la coexistencia y simultaneidad de múltiples escalas y temporalidades, la narradora manifiesta su voluntad de, como dirían Deleuze y Guattari, “estar a la hora del mundo” (2002: 282), deshaciendo la repartición convenida de las identidades, en provecho del devenir en y del uno-todo; desde cuya perspectiva los deseos y pensamientos humanos se develan destinados a diluirse en el *continuum* de los ciclos naturales engendrados de la vida eterna e impersonal, que Braidotti (2009) identifica con el término *zoé*. Al salir de la escala de tiempo humana, los narradores consiguen problematizar la perspectiva antropocéntrica, atendiendo a nuestra dependencia como especie de animales tan pequeños y delicados como las abejas, pero también al influjo que ejerce la política entregada al afecto de la voluntad de poder.

Tras las vicisitudes orgánicas que experimentan los cuerpos de los personajes, se adivina un telón de fondo cruzado por una multiplicidad de conflictos sociales, políticos, económicos y ecológicos,

todos interrelacionados y en cuya resolución se cifra la posibilidad de la creación de un nuevo mundo posible. Tal como los narradores descienden hasta el plano de consistencia, donde se descubren las poblaciones moleculares que los habitan, aquel “hormiguelo diferencial” (Lapoujade 2016: 55) que se desliza bajo la piel, en los límites de lo perceptible, y donde se urde el dolor y la enfermedad; del mismo modo, estos atienden al clamor de las poblaciones minoritarias que habitan el cuerpo social, a saber, los animales, los ancianos, los migrantes, las mujeres y los trabajadores cognitivos. Esto explica el tono desesperanzado de los narradores, quienes se ofrecen como testigos de una época donde ha triunfado la impunidad, o bien, donde se ha consumado la derrota de las fuerzas políticas transformadoras.

Para terminar, quisiera destacar la pregunta con que concluye esta novela, relativa a la posibilidad de salir o huir de la Tierra, ante la amenaza de la destrucción de los ecosistemas y la consiguiente extinción de la humanidad. La escena es elocuente: al medio de una protesta que les hace evocar las múltiples crisis y conflictos que convulsionan el mundo contemporáneo, y a minutos de que el reloj del apocalipsis señale el advenimiento del fin, el padre le pregunta a su hija por la posibilidad de hallar un planeta habitable en el espacio profundo. La respuesta de la hija es desoladora, ya que todos los potenciales candidatos se encuentran a distancias descomunales, de una magnitud difícil de concebir, y, sin embargo, el Padre, resignado, concluye que, en caso de contar con la capacidad técnica para huir a otro planeta, esto no nos garantizaría evitar repetir en el futuro los mismos errores que nos orillan a la autodestrucción en el presente. En el gesto del Padre y Ella de descartar este proyecto de investigación hipotético, a saber, el de buscar una *nueva tierra*, se condensa el sentido del enfoque con que esta novela se aproxima a los problemas del mundo contemporáneo. En lugar de salir en busca de una nueva tierra, habrá que volver las miradas y las voces en dirección a la tierra que nos ofrece el plano de inmanencia, que no es otra que la tierra moviente del cuerpo que, con toda su intemperancia y fragilidad, clama por ocupar el lugar que le ha sido

arrebatado. Según esta novela, solo la inmanencia nos provee de una salida, ya que esta nos permite atender al afuera encerrado por nuestra voluntad de poder, abriéndonos a pensar aquello que, con Jean-Luc Nancy (2001), podemos llamar *la comunidad del ser*, esto es, el conjunto de las extrañas agencias y simpatías que sustentan la vida y que nos relacionan con todo lo que vive y habita en esta estrella errante que da círculos a la deriva y en el vacío.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGAMBEN, Giorgio

2011 *Desnudez*. Trad., Mercedes Ruvituso y María Teresa D’Meza. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

AGAMBEN, Giorgio

2016 *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Trad., Antonio Gimeno Cuspina. Valencia: Pre-textos.

BERARDI, Franco

2017 *Fenomenología del fin*. Trad., Alejandra López Gafarielidís. Buenos Aires: Caja Negra.

BERARDI, Franco

2019 *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Trad., Hugo Salas. Buenos Aires: Caja Negra.

BRAIDOTTI, Rosi

2009 *Transposiciones. Sobre la ética nómada*. Trad., Alcira Bixio. Barcelona: Gedisa.

DELEUZE, Gilles

2017 *El poder: curso sobre Foucault II*. Trad., Pablo Ariel Ires. Buenos Aires: Cactus.

DELEUZE, Gilles; y GUATTARI, Felix

1997 *¿Qué es la filosofía?* Trad., Thomas Kauf. Barcelona: Anagrama.

DELEUZE, Gilles; y GUATTARI, Felix

2002 *Mil mesetas*. Trad., José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceta. Valencia: Pre-textos.

ESPOSITO, Roberto

2009 *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal.*  
Trad., Carlo R. Molinari Marotto. Buenos Aires: Amorrortu.

LACLAU, Ernesto; y MOUFFE, Chantal

1985 *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics.* Londres: Verso.

LAPOUJADE, David

2016 *Deleuze. Los movimientos aberrantes.* Trad., Pablo Ariel Ires.  
Buenos Aires: Cactus.

LAZZARATO, Maurizio

2016 *Por una política menor.* Trad., Pablo Rodríguez. Madrid:  
Traficante de Sueños.

LAZZARATO, Maurizio

2020 *Signos y máquinas. El capitalismo y la producción de la subjetividad.* Trad., Emilio Pérez-Manzucó. Madrid: Enclave.

LEE, Matt

2009 “Recuerdos de un brujo: notas sobre Gilíes Deleuze-Félix Guattari, Austin Osman Spare y las Brujerías Anomales”.  
En *Deleuze y la brujería.* Trad., Salzano. Buenos Aires: Las Cuarenta.

FISHER, Mark

2009 “Materialismo gótico Extractos de Flatline Constructs: Gothic Materialism and Cybernetic Tkeory-Fiction”. En *Deleuze y la brujería.* Trad., Salzano. Buenos Aires: Las Cuarenta.

MCLUHAN, Marshall

1996 *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano.* Trad., Patrick Ducher. Barcelona: Paidós.

MERUANE, Lina

2012 *Sangre en el ojo.* Barcelona: Literatura Random Hause.

MERUANE, Lina

2015 *Fruta podrida.* Buenos Aires: Eterna Cadencia.

MERUANE, Lina

2018 *Sistema Nervioso.* Barcelona: Literatura Random Hause.

NANCY, Jean-Luc

2001 *La comunidad desobrada*. Arena Libros.

PRECIADO, Paul

2008 *Testo Yonki*. Madrid: Espasa Calpe.

KOTTOW, Andrea

2019 “Cuerpo, materialidad y muerte en ‘Sangre en el ojo’ y ‘Sistema nervioso’ de Lina Meruane”. *Orillas*. 8, 5-18. <<https://www.orillas.net/orillas/index.php/orillas/article/view/77/>>. Consultado: 12 de diciembre de 2023.

SLOTERDIJK, Peter

2013 *Has de cambiar tu vida*. Trad., Pedro Madrigal. Valencia: Pre-Textos.

Recepción: 12/01/2023

Aceptación: 23/10/2023